LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: RDMO. P. EDUARDO LLANAS, SCH. P.

AÑO XXXVII — N.º 824 JULIO 1928

Hojas de un Breviario

Jesucristo en la Sagrada Eucaristía

Tiembla mi alma de dulcísima emoción al pretender abordar tema de tan suprema sublimidad. Quisiera poseer los fervores inefables de los grandes místicos, los alientos con ceguera de luz de su fe, los desbordamientos de su heróica y suave caridad, para llegar en alas de santa inspiración, a plasmar en unas líneas llenas de unción y respeto, un canto a las grandezas del Sacramento Augusto del Amor.

Si grande es el Dios del Sinaí con toda su majestuosidad y poder, el tierno infante de Belén lleno de humildad y renunciamiento, el hermano Jesús del Calvario muerto afrentosamente para la salvación de los hombres, más grande ha de semejarnos nuestro Dios en la divina Cena, cuando bajo las especies de pan y vino se entrega todo él para permanecer con el hombre hasta la consumación de los siglos.

Sacramento inefable que encierra el misterio más hermosamente sublime de nuestra Religión. No bastó al Dios que separó la luz de las tinieblas, llenó de mundos los espacios, vistió de esmeralda los prados, engalanó pajarillos y flores y dió vida a tantos millares de seres, derrochando portentos y maravillas constantes, hacerse hombre para redimir nuestros pecados y vindicarnos ante los ojos de su Padre celestial, sino que llevando más lejos las excelsitudes de sus afectos fué a esconderse, más humilde todavía que en Belén, en la Hostia Santa que se venera y guarda en los altares.

Lo mismo en los tabernáculos cuajados de oro y piedras preciosas que son asombro de arte en las grandes catedrales, que en las humildes iglesias de paredes enjabelgadas, blanco como el ampo de nieve, símbolo de todo amor y pureza, velada su grandeza para que con los ojos de la fe lleguemos a descubrirle sin temerle, se nos ofrece como divino viático en nuestra peregrinación.

¡Qué poca cuenta se dá el hombre de lo que este Sacramento significa cuando pudiendo tener a Dios en su pecho no lo recibe diariamente y teniéndolo tan en su interior huésped generoso, no ordena los actos todos de su vida conforme a la voluntad de su Dios para que Dios se complazca en escoger y prolongar su morada en nosotros!

Los hombres engalanan sus casas para recibir a los magnates de la tierra y quisieran bajo techo retenerlos y obsequiarlos, dándoles pruebas de gentileza y generosidad. ¿Ocurre lo propio cuando recibimos a nuestro Dios o por lo contrario, fríos, indiferentes, rutinarios, cuando debíamos temblar de emoción como los ángeles, nos acercamos a la Mesa Santa a recibirle y luego nos lanzamos sin freno ni medida a los gustos, comodidades y placeres de la vida? ¿Por qué teniendo un amante tan rendido, tan constante, tan verdadero, buscamos otros amores entre las criaturas que no pueden ser sino destellos de aquel fuego divino que todo lo abrasa, que no pueden saciar nuestras ansias de amor infinito porque son un remedo de las divinas estimaciones?

El da la fortaleza a los mártires, la virtud a los santos, la victoria a las vírgenes, celo a los sacerdotes, gracia a los esposos y hasta en un rasgo de amor sin límites mantiene con vida al pecador que le traiciona conociéndole, heredero de Judas en la ingratitud y en el desprecio de tanto beneficio como prodiga al hijo del hombre.

Oigámosle en adelante, acercándonos frecuentemente a su bendito Sagrario, que entre gozoso en nuestro ser para que vayamos transformándonos en El y El quiera que reclinemos sobre su pecho nuestra cabeza como en aquella memorable Cena lo hiciera el hermano Juan, iniciando el dulcísimo coloquio del alma escogida con su Amado que tendrá por frutos los grandes portentos de mística caridad, semilleros de bien, rosario de perfecciones y virtudes, ordenación a la voluntad divina en todo momento, para ser los hijos predilectos de aquel gran Señor, que no cabiendo de gloria en los Cielos, haga morada en nosotros y nos sane llagándonos con suave herida de predestinación.

RAMÓN RAFAEL.

Cartas apologéticas sobre el *Padre nuestro*

VI

Padre nuestro: Fraternidad entre todos los hombres

Querido Conrado: cuando hayas de orar, te dice el Divino Maestro, enciérrate en la soledad de tu corazón, eleva tu espíritu a lo alto y dirás: *Padre nuestro, que estás en los Cielos*. Esto mismo se me dice a mí; y lo mismo se dice a todos los hombres; y hoy día, después de veinte siglos, millones de almas, en sus soledades, van repitiendo la misma aspiración: *¡Padre nuestro!*, constituyendo tal espectáculo uno de los fenómenos morales, una de las maravillas más misteriosas: la fraternidad entre todos los hombres. No te precipites, Conrado, no te adelantes, no me opongas ahora reparos, que nada significan; no alegues esas luchas continuas, esos crímenes, que deshonran a la Humanidad. Son vientos, que azotan sólo la superficie de las aguas; la mar en sus fondos está tranquila; la fraternidad entre los hombres es un hecho cada día más consolidado, y prueba hasta la evidencia, que Jesucristo, que la fundó, es Dios. Este será el tema a desarrollar en la presente. No me valdré de sutilezas metafísicas, ni de misticismos fuera del alcance del común de los hombres, no; hechos y sólo hechos presentaré a tu consideración. Primero, lo que era la Humanidad antes de que Jesucristo sentara como principio fundamental del orden religioso-social la fraternidad humana universal; segundo, lo que es al presente, a pesar de las luchas fratricidas, que estamos todos presenciando y lamentando; tercero, lo que es la fraternidad sin Dios, cual la predican eternos enemigos, que abominan siempre, sólo por odio, de las enseñanzas del Hombre-Dios; y cuarto, lo que es la fraternidad, fundada en Dios, cual la predica y practica la Iglesia Católica. Estos hechos, que nadie podrá negar, porque se ven, se palpan, con ellos vivimos y todos contribuímos a su realización, bastan para probar, que la sociedad sólo

puede salvarse por las sublimes enseñanzas de Jesucristo. Sólo temo, Conrado, que los límites, que impone la naturaleza de una carta, no permitan más que apuntes; tema es este para llenar de sobras, la tésis de un gran discurso.

La historia enseña que antes de Jesucristo la palabra *hermano*, quedaba recluída entre las paredes del hogar; sólo en familia se conocían a los hermanos; la fraternidad entre todos los hombres jamás fué siquiera soñada por filósofo o moralista alguno. Al contrario, el fratricidio de Caín a las puertas del Paraíso parece que estigmatizó con sangre la palabra *hermano*. Desde entonces la animosidad entre los hombres fué creciendo, y extendiéndose más y más, hasta fundamentar o legitimar aquel terrible aforismo *homo homini lupus, el hombre es un lobo para el hombre;* aforismo, que en su completo desarrollo dió lugar a la esclavitud, baldón eterno para la antigüedad. Las tres cuartas partes de la Humanidad eran esclavos; de cada cien hombres setenta y cinco arrastraban cadenas de esclavitud. ¿Y qué era un esclavo? Hombres sin libertad, sin dignidad y sin derecho; cual bestias de carga o cual cebo destinado a las fieras de los anfiteatros, eran considerados los esclavos, como simples cosas, sobre las cuales sus señores tenían dominio y poder absoluto, sin que leyes divinas, ni humanas, coartaran en lo más mínimo sus caprichos y veleidades. Ya sabes tú, Conrado, lo que era un esclavo, y no hay por que cargar los colores; has estudiado historia y sabes, por consiguiente, que no exajero. Esta era, pues, la Humanidad antes de Jesucristo; los pueblos mutuamente se calificaban de bárbaros; a todos los que no pertenecían a la misma nación por bárbaros se les tenía, y como a tales se les trataba; era cuestión sólo de fuerza para conquistar, dominar y explotarse unos a otros.

¿Es éste el cuadro que tenemos actualmente a la vista? ¡Qué diferencia! Hoy día, hasta el más humilde de los obreros, digo mal, hasta el más vil de los criminales, a pesar de sus maldades, se cree con derecho a no ser maltratado por nadie, ni aun por los representantes de la Justicia. Podrá ser condenado por los Tribunales a muerte vil, única reparación condigna de sus crímenes; pero ser maltratado, insultado, explotado, jamás. En este caso la ley le amparará; y cuando un negro, por ejemplo, esté en peligro de ser linchado, la autoridad acudirá, le amparará y le salvará; y cuando un criminal fugitivo, puñal en mano se vea acorralado por una muchedumbre, justamente indignada, que pretenda tomarse por su cuenta la justicia, la autoridad se lo arrebatará, y en seguro lo pondrá, para que no sea víctima de sus legítimos furores. ¡Cómo han cambiado los tiempos! ¡Qué transformación han sufrido las ideas y las costumbres! Justicia, sí; venganza, no; castigo, siempre; crueldad, jamás; y en todas ocasiones, y *con todos caridad, in omnibus charitas*, porque los hombres deben amarse siempre, como hermanos.

La desaparición de la esclavitud de los países civilizados es un triunfo trascendental, innegable, exclusivo de Jesucristo, en el cual

las potestades de la tierra no tuvieron parte alguna. Después, cuando ya se había triunfado, éstas cooperaron, si bien secundando los esfuerzos del Cristianismo. Y así, cuando en los siglos posteriores, los ejércitos mahometanos invadieron la Europa e intentaron resucitar la esclavitud en sus prisioneros cristianos, dos héroes, hijos de la Iglesia, uno en España y otro en Francia, San Pedro Nolasco y San Félix de Valois, juraron ahogarla en su cuna, y para ello fundaron dos congregaciones de hombres, con vocación de mártires, que fueron inexpugnables baluartes para la libertad. Triunfaron; y la esclavitud, entre pañales asfixiada, de nuevo murió.

Concretemos más, y vamos a disipar tus reparos, Conrado. Sí; fijémonos y detengámonos en el estado actual de nuestra sociedad. Examinemos esas hecatombes, que hemos presenciado en la guerra europea; contemplemos de cerca esas luchas, en que millones de hombres furiosamente se acometen; y luego todo lo destruyen, queman y arrasan. ¿Dónde está la caridad?, preguntas. Sí; aquí, y muy hermosa; repito, esas luchas no son más que borrascas que sólo agitan la superficie del mar; en las profundidades reina calma absoluta... ¿No ves, no distingues en medio de las trincheras, de donde llegan imprecaciones, ayes y blasfemias, de multitud de víctimas mutiladas, todavía chorreando sangre, no ves una figura blanca en forma de bellísima dama, con el brazo cruzado con cruz roja, que solícita corre, vuela de aquí por allá, prodigando auxilios y consuelos a todos, sin mirar si son unos u otros y sin distinguir jefes, de soldados; y sin reparar en naciones, ni razas? Pasea la mirada por los campamentos, y verás un verdadero ejército de esas vírgenes, que con el mismo distintivo y con idénticas aspiraciones van prodigando actos de heroismo sin temer nada, ni a nadie, porque se las venera, y en todas partes se las solicita; enjambre de abejas, que sin distinción de matas, ni arbustos, van chupando sus flores, de las que sacan rica miel, néctar divino, que suaviza, conforta, cura y alimenta. ¿Las ves bien? Son la personificación de la fraternidad; en su presencia vencedores y vencidos deponen odios y rencores, para darse mutuamente el abrazo y el beso de hermano. La Cruz Roja es el testimonio más poderoso de cuanto puede, y cuan hondo es el sentimiento de hermano. Precisamente entonces es, en plena lucha, cuando más actividad despliegan esas vírgenes, cuando más se destaca el espíritu de hermandad, que palpita en el fondo del espíritu humano; cuando su Cruz brilla con toda su virtud, cuando Jesucristo se nos presenta Dios. Precisamente en las tiendas de campaña, donde se mantienen vivos los combates, en los campos de concentración, donde se hacinan los pobres prisioneros bajo la vigilancia del enemigo; en los hospitales de sangre a donde son indistintamente llevados los vencidos y vencedores, víctimas de las ametralladoras o de los cañones; en prisiones y presidios donde se guardan prisioneros, no esclavos, la fraternidad impera como reina, por unos y otros reconocida, amada, venerada y acatada; reina que tiene la virtud de juntar con lazos de amor a todos los combatientes, sin distinción de creencias, ni ra-

zas. Europa, Asia, Africa, América y Oceanía sienten por medio de las damas y los caballeros cruzados la benéfica y salvadora influencia de la fraternidad. ¿Cuándo en la antigüedad se vió espectáculo más sublime, cual es el que tenemos a la vista con la Institución de la Cruz Roja? ¿Y a quién se debe su virtud? ¿No lo dice claramente su Cruz? ¿Y por qué la respetan lo mismo creyentes, que no creyentes? ¿Por qué? Porque unos y otros sienten su virtud avasalladora, irresistible, bienhechora, consoladora, santificadora, salvadora. Es el triunfo del Hombre-Dios, de Dios hecho hombre por amor a los hombres, de quienes se constituyó en *Primogénito de sus hermanos, Primogenitus in multis fratribus*.

Tenemos, pues, querido Conrado, en la historia un contraste de dos hechos grandiosos en toda la Humanidad, innegables, la esclavitud de la antigüedad y la fraternidad de los tiempos modernos. Antes los hombres no se amaban; hoy día se aman, a pesar de sus luchas, porque, en lo más íntimo de su naturaleza, se sienten hermanos. La fraternidad universal es un hecho consolidado ya.

Lo que hay, Conrado,—y vamos a disipar nuevos reparos—es que los enemigos de siempre quisieran arrancar del brazo de esas damas y de esos caballeros su brazalete con la cruz, y sustituirlo por un banderín con dos manos que se juntaran, pintadas en su fondo, y un gorro frigio que lo coronara. Más claro, aspiran a una fraternidad sin Dios, para sustituir a Dios por el ateísmo. Empeño vano; porque, si imposible es hijos sin padre, imposible igualmente ha de ser la fraternidad universal sin una paternidad asimismo universal, sin un Dios-Criador. La Revolución Francesa, en 1793, hizo el primer ensayo de usurpación tan monstruosa, declarando oficial y solemnemente la fraternidad universal sin Dios. Envalentonada por sus éxitos, ébria con sus triunfos, en la plaza de la Concordia, de París, a la faz del mundo, entroniza a la diosa Razón, en una prostituta, como ídolo único, digno de la adoración de los pueblos modernos, sienta nuevas bases, sobre las que fundarse deben las futuras sociedades, despliega a los cuatro vientos su bandera roja, y en ella estampa los tres principios: *libertad, igualdad, fraternidad*. ¿Y cuál fueron los instrumentos de ejecución? La bayoneta, el cadalso y la guillotina. La libertad se sostendrá sobre un castillo de bayonetas, más eficaces que las varas de los lictores romanos, para matar a quien no piense como ella; la igualdad se sentará en el banquillo de un cadalso para cortar cabezas de reyes y príncipes, de nobles y caballeros, de quien en alguna manera se eleve sobre los demás; y la guillotina derramará a torrentes la sangre de un pueblo, que viéndose vílmente engañado, intente romper las cadenas de tan ignominiosa esclavitud. Si no constaran tales horrores en la historia, nos resistiríamos a creerlos, pero son hechos, y ante la evidencia de los hechos, no queda otro partido que rendirse. Podrán calificarse de locuras de momento, de aberraciones de un entusiasmo exaltado, pero siempre probarán la imposibilidad de implantar la fraternidad sin Dios.

En nuestros tiempos la historia se ha repetido, y los horrores también; lo cual es muy lógico, porque los mismos principios han de producir necesariamente las mismas consecuencias. Por ello Rusia se ha convertido actualmente en un enigma político y en una pesadilla terrible para la Europa, y aun para todo el mundo. Ha implantado bruscamente y en absoluto la trilogía revolucionaria; las cabezas de sus Emperadores y de sus Obispos han rodado entre charcos de sangre, todas las clases sociales de arriba y de abajo han pagado tributo a la muerte, siendo vilmente asesinadas en pútridas cárceles o desterradas a las mortíferas estepas de la Siberia. Todo en nombre de la libertad y de la igualdad, con el instrumento único de ejecución, la fraternidad. Los socialistas y comunistas, que forman los dos poderosos partidos políticos, que están cangrenando las grandes naciones europeas, no pueden prescindir de la fraternidad universal; la consideran absolutamente necesaria para fascinar a las masas, y seducir a los incautos, pero la quieren sin Dios. Esta no ha cuajado nunca, ni en ninguna parte, y ahora, su descrédito ha sido tan estrepitoso, que los mismos revolucionarios rusos se vuelven y revuelven en busca de nuevas posiciones para salirse del abismo de perdición, en que se ven precipitados. Por consiguiente, Conrado, en esos cuadros de violencia, en que tú no veías por ningún lado a la fraternidad universal, ésta es precisamente la que constituye el fondo oscuro, que hace resaltar su colorido.

La Iglesia, madre de las sociedades modernas, las cuales le deben cultura, civilización y progreso, para organizarlas, parte también de la igualdad, libertad y fraternidad, sin adulterarlas, ni tegiversarlas, tomándolas cuales son, verdades fundamentales del orden social. Dios creó al hombre para vivir en sociedad; y creó la sociedad con diferencias de clases y talentos, con un principio de autoridad y su derecho de propiedad para su conservación. Y así, aunque todos los hombres, por su naturaleza, origen y fin, son iguales, para los fines sociales los hizo a todos diferentes con diferencias infinitas de matices en sus facultades y en sus aptitudes para los diferentes estamentos de la sociedad; de manera que, bajo este punto de vista, puede afirmarse en verdad y categóricamente, que en la sociedad no hay dos hombres iguales con igualdad de derechos y deberes. La igualdad social es un mito, un ensueño, un espejuelo para engañar a incautos o a ignorantes.

Sentados tales principios, la conciencia obliga indistintamente a todos los hombres, por igual, al cumplimiento de sus particulares y respectivos deberes, así religiosos, como sociales; todos son por igual responsables delante de Dios de sus actos, porque todos son iguales. En el foro interno, todos son, por igual, libres para el bien, sin derecho alguno para el mal, pues el derecho al mal, no existe para nadie, fuera una monstruosidad; todos son iguales. Y para armonizar las diferencias y evitar las luchas a que pudieran dar lugar derechos y deberes, infiltra en todos el espíritu de fraternidad. Ella, la frater-

nidad, es la única virtud, que ahoga envidias, única, que mata recelos, única que suaviza asperezas, única que prodiga auxilios y consuelos, única que hace posible la vida social. Su principio es que, sintiéndose todos los hombres verdaderos hermanos, el mal de uno redunde en mal de todos, y que del bien de uno se beneficien los demás. El Apóstol, en su carta a los Romanos, nos enseña por medio de una bellísima comparación, exacta del todo, lo que los hombres representan en medio de la sociedad. Así como en el cuerpo, dice, tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros formamos un solo cuerpo con Cristo, pero cada uno con distinto destino. ¡Qué armonía entre los miembros del cuerpo!, ¡qué compenetración! Si enferma un brazo, por ejemplo, manos, dedos, ojos, todos los miembros acuden condolidos para asistirle y curarlo, así debemos ser nosotros. Bello ideal a que aspiraba San Pablo por medio de una sincera fraternidad; entre los hombres, con amor y por amor cada uno para todos, y todos para cada uno. Por eso el Divino Maestro la sentó como segundo principio del orden religioso social; el primero la existencia de un Dios-Padre, el segundo la fraternidad universal entre todos los hombres, como hijos de un mismo Padre Dios-Criador.

Ahí tienes, Conrado, esbozados en cuatro brochazos, los cuatro hechos, que sustentan la fraternidad universal; su historia en la antigüedad, su aparición sobre la tierra con Jesucristo, su actuación cuando se la separa de Dios, y finalmente su consolidación por medio de la Iglesia, que le tiene levantado uno de su más rico monumento. Admira su belleza, venera su virtud y adora el anagrama, que en su base esculpió: *Cristo es Dios*.

Siempre tuyo,

JOSÉ ISANDA DE TORNER, SCH. P.

Estampa de Juliol

Sant Cristòfol màrtir, compatró

Fou extesa costum, durant la Edat Mitja i el Renaixement, pintar en els murs dels temples la imatge del màrtir Sant Cristòfol de proporcions colossals. El fidel se sentiria dominat, àdhuc dintre la foscor del temple, per la inmensa figura del Sant, que nú de cames, i amb un tronc d'arbre per garrot, passa el torrent portant damunt ses formidables espatlles a Jesús Infant. I amb l'Infant *a coll i be* torsa el gegant la testa, sorprès del pès sobrenatural que sosté, endevinant-ne la Divinitat.

Si Cristòfol fou un gegant de tremp forsut, natural era que la Fe i els artistes volguessin pintar-lo de proporcions també formidables. En les esglésies el posarien alhora tant visible i colossal per a aixecar més a l'Infant Jesús, pedestal humà reflexe dels humils. Representació ben marcada d'un camí que l'aigua no interromp, i necessitat de tenir sempre qui'ns porti en els pasatges trencats i fangosos. Escaient tema per decorar un gran mur solitari.

Voleu, alhora, agrupament més expressiu? La tendra figureta de l'Infant barrejant-se amb la ferrenya testa de l'herculí. Un bosc pilós per on, entre les barbes i la cabellera rebeca del Sant, hi surten uns peus diminuts i bellugadissos.

Per la creença que Sant Cristòfol gauria o allunyava tota classe de mals, la imatge del Sant fou prodigada arreu. A partir del segle XV, al propagarse el grabat sobre fusta es feren innombres imatges del Sant màrtir, sempre representat com un gegant que apoiat en una palmera, passa el riu portant damunt les espatlles el Nen Jesús. Com a complement de tant clàssica representació podia veure's a un costat de riu el tipic molí amb el pagès i l'ase carregat. A l'altre costat el sant ermità amb la llanterna guiadora, que segons la tradició recomanà a Cristòfol es dediqués a passar el riu portant vianants damunt seu.

Sens deixar ses virtuts d'amulet contra tota malvestat, que'ls Goigs canten:

«Quan la pública desgracia
La ciutat ve menaçant,
Confiada a vos recorre,
Vostre auxili suplicant;
I vos de bombeigs i pestes
Més d'un cop ens heu guardat:
Gloriós màrtir, Sant Cristòfol
Protegiu nostra Ciutat.»

els xòfers l'han adoptat modernament per Patró, en recordança del remot i altíssim transport de la persona de Déu feta Infant. I en la diada del Sant veiem les llargues corrúes dels vehicles a motor cercant la benedicció al ampar del Sant humil, sonant les botzines a festa, ben escudats així per seguir passant el torrent de les humanes i ben modernes activitats.

De les grans representacions de Sant Cristòfol pintades al mur, senyalarem a Espanya, entre varies, la de la Catedral de Toledo, pintura de Gabriel Rueda, segle XVII, de proporcions immenses. També la que Pérez de Alesio pintà a la Catedral de Sevilla a finals del segle XVI. I entre innombres arreu d'Europa, famoses algunes com les de Memling i Rubens, Ansuino de Forli, Bono de Ferrara, el nostre Ribera, Vivarini i les del formidable Mantegna, a Parma, sobresurt la gran pintura de Tizià, reproduïda ací, la que en 1523 pintà l'artista en una de les parets del Palau Ducal de Venècia, vora l'arrull de l'Adriàtic lluminós i festiu.

JOAQUÍM RENART.

Sant Cristòfol.
Boix català, del segle XVIII, amb totes les característiques tradicionals.

Sant Cristòfol.

Pintura mural de Tizià al Palau Ducal de Venècia.

Fotg. Anderson.

Temes beethovenians

I

"Al geni extraordinari"

(Continuació) (*)

Continuant l'estudi breument interromput, havem de dir que al mateix temps que Beethoven perd el dó de la percepció auditiva, el seu cor rep el baptisme de l'amor,—que Blanca Selva qualifica l'únic capaç per a obrir en flor les potències de l'ésser humà i fecundar divinament el geni,—enamorant-se de Julieta Guicciardi, «encantadora nena»; creu ésser correspost n'obstant la diferència de condicions i oblida son mal. Però aviat l'abandona la coqueta Guicciardi. Desesperat, malalt, traït, ferit en son cós i en son cor, Beethoven desitja la mort. Plutarc calma sa tràgica decissió i cerca una nova raó de viure i la troba en son art. «Unicament l'art m'ha detingut,—escriu en el sublim Testament d'Heiligenstadt;—m'es impossible d'abandonar aquest món sense haver produït tot alló per lo que jo em sento creat».—«Resignació!,—li diu a Wegeler.—Quin trist refugi!, i, n'obstant, és això l'únic que em resta!»

La música ho serà tot per a ell des d'ara; salut, amors, plaers i distraccions. Però aquest art no serà semblant al que Beethoven havia fet fins aleshores per a distracció d'aficionats i aprovisionament d'editors; isolat del món pel mur de ses oides sordes i abandonat per Julieta, confiarà al seu art les pròpies afliccions i alegries.

A partir d'aquell dia, l'art de Beethoven s'uneix als moments més sobressurtints de sa vida. No vol dir això que tinguem de cercar en les seves obres unes *confessions* o un *diari de memòries*; fora treball

(*) Vegi's la pàgina 227 del n.º 823.

inútil, ja que no abunden les obres l'origen íntim de les quals ens pugui ésser conegut exactament (com succeeix amb l'*adàgio* del quartet 15, obra 132, o amb el *final* del 16, obra 135). Però al menys, hom pot fer-se càrrec que, des d'aquest moment, totes les grans crisis que sofreix l'ànima beethoveniana trobaran un ressò en sa obra, i que molt sovint, llaços més o menys profunds,—analogia de forma, de tonalitat, d'escriptura, reminiscències melòdiques,—uneixen entre elles les produccions d'un mateix període. (Chantavoine).

La serenitat de la *Quarta simfonia* i la del *Concert* de violí, op. 61, son dictades per una tendresa rublerta d'esperances envers l'«immortal adorada» Teresa de Brunswick. En 1810-11, Bettina Brentano sembla comunicar a Beethoven quelcom de l'esperit de Goethe, certa heròica felicitat, i d'aquesta en nèixen *Egmont* i el *Trio de l'Arxiduc*, obra 97. Des de 1812 a 1815, Beethoven retorna a la realitat, al posar-se amb contacte amb el món exterior; aleshores escriu diverses obres de circumstàncies, tals *Les ruïnes d'Atenes*, *El rei Esteve*, *La batalla de Victòria*, la cantata patriòtica el *Moment gloriós*, etc. Això és suficient per a demostrar-nos que el veritable Beethoven és absent en tals produccions. Com diu Chantavoine, les obres beethovenianes, nascudes d'una espontànea emoció, vibren amb altres accents.

Més tard, des de 1816 a 1818, diversos afers de família el deixen en un complet silenci, fins que les contrarietats i l'adversitat exasperen son geni i aquest respón a les dures proves del destí, amb obres gegantines i pletòriques de vida, com la *Sonata* op. 106 i el *Credo* de la *Missa solemne*, entre altres.

Durant els darrers anys de la seva vida (partint del 1815), Beethoven es sent ja definitivament lliure per a expressar el seu sentir. Domina el seu art de manera fàcil, natural, mestrívola, amb la facilitat i amb la naturalitat sovint dolorosa dels grans genis. No és, per ventura, una característica del geni, el sol fet de poder-se alliberar, mal no sigui sinó en el moment precís de crear, i de poder menysprear les lletjors que solen sempre voltar-nos? I no sembla inspirada pel geni beethovenià la sentència goethiana: «solament som aptes per a produïr quelcom important quan ens isolem»?

Al mateix temps, a mida que anava profunditzant i renovant son art, descobria en aquest una filosofia vaga però molt enlairada; aquesta fou sa religió i sa moral (Chantavoine). I així comprenem que l'art és per a Beethoven el món ideal, l'únic on trobarà amics; però aquest món nou, el geni sord tindrà de crear-se'l per a sí mateix.

«Transportar-se al cel de l'Art: no hi ha joia menys falsejada, ni més pura, que la que d'allí ens ve»,—diu el músic renà;—però aquest està comdemnat a un esforç sens fí, a una aspiració que no

l'igualarà mai amb l'infinit, però que l'hi acostarà incessantment; i si no ha de trobar el descans en la terra promesa que la seva imaginació li fa veure, pot, al menys, expressar sos desitjos, ses esperances i ses tristors; pot així aconsolar-se dels dolors que l'afligeixen i aconseguir «*l'alegria pel dolor*», que és precissament la característica dels esperits enlairats. I Beethoven n'es el model, per quant ell representa l'heroisme superant la feixuguesa humana, l'ideal superant la quotidianitat, i la joia, feta serenor, superant el dolor i el neguit.

Això ens explica el perquè Beethoven no's deturi mai en fòrmules fixes i que cerqui sempre idees, armonies noves i formes originals, com escriu Jean Chantavoine. Ell té consciència dels seus avenços i de sa força creadora, però també la té de sa feblesa. Llegim en sa correspondència: «Cada dia que transcorre,—d'una lletra a Wegeler, en 1800,—vaig acostant-me a la finalitat que jo sento, però que no puc descriure». En 1803, acaba així una lletra al pintor Macco: «Pinteu, jo faré música, i així viurem... eternament? Si, potser eternament». Però també escriurà en 1812: «L'artista veu, certament, que l'art no té límits; sent la distància que'l separa del seu objectiu; i mentre algú tal vegada l'admira, sofreix de no haver encara arribat allà, al lluny, on un millor geni no brilla per a ell sinó com un sol llunyà». L'any 1822, li diu a un amic, que li era bastant penós posar-se a treballar. «Resto sentat, medito, i res no puc traspassar al paper; empendre obres importants, em produeix temença, encar que una vegada començada la tasca, tot va bé». I en 1824: «Apol·ló i les Muses no voldran donar-me a la Mort, ja que encar els dec tant; i és precís que abans de ma entrada als Camps Elisis, deixi darrera meu allò que la meva ànima m'inspira i em diu que acabi. Em sembla que tan sols he escrit unes poques notes».

Oh, sublim modèstia! Quin exemple tan corprenedor i alliçonador, al mateix temps, dónes a tots els homes i als músics en particular! Avui que una obstinada recerca d'efectes s'ens ofereix com un fruit de cors freds i d'intel·ligències petulants, tu ens llegues, entre altres sublimitats, una *Simfonia amb chors* i una *Missa solemne*, i et sembla no haver-nos encara revel·lat el teu gran i inconfusible geni i el teu immens i bondadós cor!

FRANCESC D'A. NONELL I SISA.

Gálibos

Glosa a "La Vida religiosa"
de Fr. Luis de León

Toda la poesía de Fray Luis de León acusa un gusto tan depurado, que la lectura es un sedante para los momentos de agitación y zozobra. Todo en ella es sereno con la serenidad de un huerto *deleitoso*, en la *hora y sazón* de la cálida mañana, de un día de verano. Los árboles, *aunque puestos sin orden*, dan deleite a la vista y paz al corazón. Rima entonces el alma con la *fontana pura, que, desde la cumbre airosa, corriendo* cae para buscar en la huerta su sosiego, y rima también con el *cantar suave no aprendido* de las aves.

En tal situación, descrita con palabras del mágico poeta, he leído y releído su mejor poesía, y llevo en el alma la paz que producen aquellos conceptos tan altos, dichos con tanto sosiego, con tal difícil naturalidad.

I

Es cierto. Mi alma angustiada, con la tortura de mil y mil pensamientos hecha infeliz, buscaba algún descanso y alegría, que ¡ay! por desgracia, tan raramente se ofrecen en este mundo. Reposo y contento no son de este valle de lágrimas. Herencia del pecado, tenemos los pobres hijos de Eva estremecimientos de dolor, languideces de desconsuelo. Y el alma terca y tenaz, desalada busca con paso presuroso, que siempre da prisa el deseo, algo que suavice, algo que calme sus ásperas congojas. Y ¿dónde hallar ese algo que venza con su suavidad los espasmos de agonía letal y profunda? ¿Dónde sino en el amor que es más fuerte que la muerte misma? Por ello y sólo por ello el alma busca a su querido amor y dulce Esposo.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvía,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algún descanso y alegría;
Mas como no hallaba
Contento en esta vida, ni reposo,
Desolada buscaba
Con paso presuroso
A su querido amor y Esposo.

II

Larga y penosa fué la jornada, y a la angustia del dolor, y a la pena del deseo, y a la agonía del amor ausente, se juntaban el cansancio y el hastío. Cansada, pues, el alma se sentó junto a una fuente. No era una fuente brusca y sonora, que el alma no gustaba de ruidos y no deseaba ni la queja del agua libre del surtidor, ni el grito de júbilo de los chorros que saltan de los atanores. Era una fuente destilada mansamente por un risco, una de esas fuentes que nacen sin sacudimientos ni agonías, tal como nace la luz en el horizonte limpio de la diáfana mañana primaveral, como nacen las notas suavísimas de los cantos de las aves; y así era en efecto, porque la idea del nacer de la fuente me puso la atención en las parleruelas aves, que hacían una música tan acordada, que mi alma enternecían e inflamaban en amor al Esposo.

La corriente del agua regaba el verde prado. Y yo, mi alma, sentado junto a la fuente fijé mi vista en las aves, envidiando sus alas, su vario vuelo, su donaire, sus juegos y su felicidad. Su mundo era el espacio. En él se movían por cuadrillas, y en forma de torneo las unas con las otras se encontraban; y al sentirse fatigadas, también como yo caían sobre el césped, sobre la verde yerba. Pero para ellas eso era un descanso sin turbación, sin el acicate de un deseo no realizado; para ellas era un descanso después de una hartura de placer.

Y andándole buscando,
Cansada se sentó junto a una fuente,
Que la iba destilando
Un risco mansamente,
Regando el verde prado su corriente.

Las parleruelas aves
Una acordada música hacían
De voces tan suaves,
Que al alma enternecían,
Y en amor de su esposo la encendían.
Y con gentil donaire
Plegando y desplegando sus alillas,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en orden por cuadrillas;
Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban,
Con ligero meneo
Después revoleaban,
Y entre la verde yerba gorjeaban.

III

Mi alma gozaba de esta fiesta, recostada entre mil flores. No era esto lo que el alma apetecía; pero no hay cosa que calme las ansias del alma buena con mayor prontitud que la visión reflexiva de la obra de Dios. El cansancio, la hora y sazón, la fuente ciega y la paz de la naturaleza toda, dieron a mis ojos el aparente sosiego de una siesta suave. Y fué entonces cuando se obró la maravilla de la fuente y del canto de las aves en mí, porque con el mismo reposo y paz una voz destiló su consejo de «Vida religiosa» en mi espíritu, dejándolo admirado.

Gozando de esta fiesta
Mi alma, entre mil flores recostada,
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada,
Oyó una voz que la dejó admirada.

ANGEL.

(Continuará)

A mi madre

A tí que tantas veces el encanto
me diste de tus besos, madre mía,
lleno el pecho de amor y de alegría
quiero brindarte hoy mi tierno encanto.

Quiero cantar, oh madre, tus bondades,
tu espíritu de amor y sacrificio
con que lograste alejar del vicio
mi alma en mis primeras mocedades.

Uncida a mi existencia tu memoria,
ella mi guía fué y fué mi estrella:
que una vez conocida su luz bella,
seguirla fué mi afán, mi honor, mi gloria.

Dondequiera tú fuiste en todo instante
mi ángel guardián, madre querida,
y al través del camino de mi vida,
de mi bien y mi mal censor constante.

Si fuí tras los placeres algún día
tan sólo gusté de ellos la amargura,
y al llorar mi pecado, sin ventura,
tú mi perdón lograste, madre mía.

Si alguna vez dormí con la conciencia
leda y tranquila, sin ningún reproche,
en tu seno creí pasar la noche
entre sueños de luz y de inocencia.

Sin el aura de fe que en mí infiltraste,
ni hubiera resistido ingratitudes,
ni hubiera practicado las virtudes
que celando mi bien en mí sembraste.

Cuando en tierra africana y solitaria
viviendo estaba sin ningún consuelo,
dictándomela tú, dirigí al cielo
con intenso fervor una plegaria.

Y el cielo me escuchó, y como amiga,
al triste corazón bajó la calma
y en brazos de la paz soñó mi alma...
oh madre de mi amor, Dios te bendiga.

LUIS GARRIDO SÁEZ.

La Esclavitud en Roma

I

Importantísimo papel desempeñó Roma en la Historia de la Humanidad. En efecto; ella es la designada, por la Providencia divina, para realizar la fusión entre la cultura oriental y la occidental, formando una resultante que transmitió al mundo conquistado. Roma, asiento de la corrupción y vicios propios del paganismo, es luego la cuna de la verdad y del bien. Allí nacen las virtudes excelsas del Crucificado y de allí parte la savia vivificadora del Evangelio que se extiende cual majestuosa y benéfica ola por los confines todos de la tierra.

Pero este pueblo de tal importancia histórica estaba corrompido por una llaga quizás la más terrible entre las muchas que amenazaban su destrucción.

Era, la esclavitud, vicio de todos los pueblos paganos, pero que en Roma llegó a tomar proporciones alarmantes.

Tan numerosa era esta clase, que una estadística verificada en tiempos de Octavio, dió como resultado que, mientras no había más que cien mil hombres útiles para las armas, el número de esclavos se elevaba a un millón.

Roma, tuvo necesidad en varias ocasiones de tomar extremadas medidas, con objeto de librarse o combatir sublevaciones de esclavos, que debido a los malos tratos que tenían que sufrir quisieron apoderarse del mando. Las guerras más sangrientas de que la historia nos habla son la de Sicilia y la de Espartaco.

La primera fué iniciada por los esclavos del agricultor Daniofilo, que cansados de los malos tratos que les prodigaba su dueño, rompieron las cadenas, se apoderaron de éste y de su esposa y luego después de haberlos sometido a un simulacro de juicio degollaron a los dos. No corrió la misma suerte la hija de este matrimonio por la piedad que había demostrado siempre para con los pobres cautivos.

Esta sublevación se extendió rápidamente por toda la isla y murieron asesinados gran número de dueños de esclavos, quienes victoriosos, proclamaron rey de Sicilia a Enno, esclavo asirio que llegó a imponerse por el terror. Tres Cónsules enviados por Roma fueron derrotados sucesivamente, hasta que el cuarto, Rupilio, consiguió vencer a los revoltosos.

Pero mucho más tremenda que ésta fué la sublevación que inició Espartaco, gladiador célebre del circo. Concibió el propósito de utilizar el valor y destreza adquiridos en lucha contra sus compañeros, para degollar a los tiranos; y pronto encontró multitud de esclavos que adictos a su causa, empezaron a sembrar un tan gran pánico por todo el país, que Roma no veía ya en Espartaco, un caudillo de una turba miserable que sólo luchaba por la libertad y la vida, sino un gran general que pretendía hacerle la guerra.

Después de grandes esfuerzos y de sacrificar gran cantidad de vidas, Espartaco fué derrotado en Silaro.

Para evitar nuevas sublevaciones fueron dictadas severísimas leyes para los esclavos.

La esclavitud nace en Roma cuando se abandona el concepto de la unidad de Dios y se cae en el paganismo, religión que desconoce en absoluto el dogma de la fraternidad universal.

Es en consecuencia de esta ignorancia, que los más grandes filósofos de la antigüedad griega y romana, consagren la esclavitud en nombre de sus dioses.

Platón, afirma que unos hombres nacen para libres y otros para esclavos.

Séneca, a pesar de sus ideales puros de estóico les injuriaba diciendo: son tan viles como nulos; son nuestros mayores enemigos. A pesar de su estoicismo, jamás dió libertad a uno de sus veinte mil esclavos.

Se les negaba hasta el don de la inteligencia, siendo frecuente en Roma la repetición de aquella frase: «A quien Júpiter negó la libertad le negó la mitad de la inteligencia».

* * *

Roma, pueblo guerrero por excelencia, creyó lograría grandes ventajas destinando a los prisioneros de guerra para el trabajo en vez de darles muerte.

Así, pues, todo enemigo que caía en su poder era ya considerado como esclavo.

Introducida la esclavitud por cautiverio, era consecuencia necesaria se considerase como esclavo al hijo de padres esclavos.

El derecho civil impuso la esclavitud como pena en el hombre libre en los siguientes casos:

1º El sorprendido *in fraganti*, en delito de hurto, quedaba esclavo de la cosa robada.

2º El deudor que condenado al pago no lo efectuaba en el plazo señalado, quedaba esclavo del acreedor.

3º Servio Tulio castigó con la esclavitud a aquellos que no se inscribieron en el Censo o quisieron sustraerse al servicio militar.

4º El condenado a luchar en el Circo era esclavo del Circo.

5º El mayor de veinte años que sabiendo era libre se hacía vender como esclavo para engañar al comprador de buena fe que entregaba el precio, reivindicando inmediatamente su libertad y repartiéndose el importe de la venta con el supuesto vendedor, quedaba realmente esclavo.

6º El liberto o manumitido que injuriaba gravemente al dueño o se mostraba muy ingrato con él, quedaba nuevamente reducido a la esclavitud.

El derecho pretorio sustituyó el primer caso de esclavitud por el abono del cuádruple de la cosa robada.

La ley Papiria sustituyó el segundo por la donación accidental hasta que la deuda fuera satisfecha.

El tercer caso se fué sustituyendo también por otras penas y el cuarto suprimido por Constantino.

De manera, que en tiempos de Justiniano sólo quedaban en vigor la venta fraudulenta del libre y la ingratitud del manumitido, que junto con el cautiverio y el nacimiento, son las cuatro formas de esclavitud que imperaron en Roma.

El esclavo en Roma carecía de todo derecho. Al principio era una *res mancipi*, una cosa corporal, susceptible de dominio quiritario y bonitario, pudiendo ser vendido, legado, dado en prenda, ser objeto de posesión, usufructo e incluso abandonado sin que por esto último quedase libre, sino que era una *res nullius* que pertenecía al primero que la encontrase.

Sin embargo, no todos los juristas romanos anduvieron conformes en considerar al esclavo como cosa, ya que mientras al esclavo se le puede dar la libertad, es imposible darla a una cosa; mientras el esclavo está unido con la familia del patrón con el vínculo del culto común, es imposible esta unión tratándose de una cosa; mientras el esclavo era enterrado en lugar considerado como religioso, no puede en manera alguna tener tal privilegio una cosa.

AGUSTÍN POBLET.

(Concluirá)

La Ceràmica en la Prehistòria

(Continuació)

Cronològicament a ço que acabem d'esmentar segueix l'eneolític inicial del qual coneixem ja moltes més deixalles.

Veus aquí uns quants exemples: Amb ceràmica molt ben ornamentada amb incisions hi ha la «Cueva de la Mujer» vora d'Alhama de Granada, i les coves de Gibraltar i la Pileta, a la provincia de Màlaga l'ornamentació ceràmica d'incisions hi és feta a punxó; aquestes estacions formen un nucli notable, precisament pel desenrotllo de la tècnica d'incisions, de faisò tal que alguns exemplars poden pendre's pels predecessors del vas campaniforme,—l'estació típica del qual és a Cienpozuelos—i que tant corrent fou en l'època següent.

Una altra comarca particularitzada en la tècnica de les incisions ve constituïda per la meseta amb les coves de Boquique i Conejar, a la província de Càceres, i de la Solana de la Angostura a la província de Segòvia.

Destacant-se en grup particularissim dins aquell gran cercle descrit hi ha les coves de la província de Lleida, on hi tenim, com a més típiques les del Foric d'Os de Balaguer, la del Tabac de Camarasa, i la cova negra de Tragó del Noguera, caracteritzan-se per l'abundor de relleus, cordes amb impresions digitals, formant motius complicats, com en zig-zag, línees ondulades, etc.

A Almeria es caracteritza molt be aquest període, les estacions de la qual son precisament les que serveixen de guia per a datar la cronologia, car en elles hi comencen d'apareixer petits objectes de coure i escòries de fundició d'aquest metall, tot lo qual ens assenyala ja els començos de la metalúrgia.

Es possible distingir com a poblats típics d'entre els que coneixem d'aquest temps el de La Gerundia, amb ceràmica incisa, el de Campos i el de Parazuelos.

En el de «Los Tollos» s'hi trobà un vas de panxa esfèrica i coll cilíndric, tipus que apareix també a la cova del Tesoro, de la província de Màlaga.

Podem citar, demés, «La Pernera, Vélez Blanco i Puesto Blanco».

A Catalunya s'ha trobat ceràmica d'aquest temps a Vilassar, Badalona, Vilanova, Santa Maria de Miralles, Bigues, Puigreig, Vich i Solsona.

Molt avençat ja l'eneolític, floreix una nova cultura que'ns serveix per a denominar-lo.

Es el poblat de «Los Millares», vora Gador, a la província d'Almeria. En llur necròpolis s'hi han trobat vasos campaniformes i d'altres recipients pintats, ornamentats amb dibuixos geomètrics, i cervols i ulls estilitzats incisos.

Un poblat semblant hi ha a Almizaraque prop de Cuevas; a la colonia de Belmonte (Mojacar) i al Pla de la Consolació (Purchena).

I som ja a l'edat del bronze, l'estació característica de la qual és l'Argar, altiplanície situada prop del poblet d'Antas, on Siret va trobar les famoses sepultures de les quals, fins avui, n'han sigut explorades noucentes cinquanta.

Elles han proporcionat abundosissma ceràmica, inconfusible per sa superficie de color grisenc pulimentada i sense ornamentació, graciosa i bella per les seves formes clàssiques: la conca esfèrica, el vas de parets còniques i fons convexe, la copa amb peu ben alt, i la gran tenalla de forma més o menys esfèrica.

Aquesta civilització s'extén per les regions inmediates fins al Nord, Murcia, Alacant (Oriola i d'altres estacions) i cap al SO. per Andalucia, on apareix a voltes en sepulcres, que se'n han dit dolmens, però que en realitat, no són més que cistes, algunes d'elles amb petit corredor d'entrada, (Monte Frío, a la província de Granada).

Els focus extrems d'aquesta civilització descoverts en els últims anys es troben a Catalunya, a la cova de Santa Creu d'Olorde, al sepulcre de Guisona, en una cavitat natural, cistes trapezoides de la comarca de Solsona i en qualques coves de l'Illa de Mallorca.

Ceràmica Ibèrica

La serie de metòdiques excavacions han donat la comprovació de diversos textes antics, ço és; que paralelament a la cultura de l'occident i centre de la Península, es desenrotlla a la costa sur i est, i a l'Ebre la cultura de la civilització ibèrica.

Tot i havent-hi una mena d'unitat en aquesta cultura, no hi manquen pas notables variants, si ens atenem a les dates i a les tribus.

Al SE. és on la cultura arriba al seu màxim grau de floreixement i on son desenvolupament madura més aviat.

Andalucia presenta caràcters molt semblants, però la decoració ceràmica d'aquesta regió és més pobra.

A voltes, certs aires grecs en la tècnica, i fins també objectes grecs, es troben barrejats amb els ibèrics en una mateixa estació, com és ara, la ceràmica grega en els poblats i necròpolis del S.O. i d'Andalucia.

Podem comparar aquest fenòmen al parescut quan la formació de la civilització de La Tène al N. de França, o sia una fruitada dels elements indígenes, degut a influències extrangeres; però a la Península ibèrica potser,—ho diu el Dr. Bosch,—el fet de no trobar-se les esmentades influències amb una cultura de l'alt nivell de la del Hellstatt feu possible que els íbers s'assimilessin millor els elements grecs que trobaven un terreny menys influït per a desenrotllar-se.

Apar poder-se contar com element coadjuvador a la performança de la cultura ibèrica les incurssions que'ls mercenaris espanyols feren per terres extrangeres, ja que per a confirmar ço últim sabem com a Sicilia combateren en les files dels cartaginesos en contra dels grecs, en la batalla d'Himera, el 480, abans de Crist.

Expliquen perfectament les diverses dates del floreixement ibèric les circunstàncies polítiques.

L'est i sur floreixen durant els segles V i IV, quan els íbers viuen sense que ningú els disputi llur territori; i en pacífiques relacions amb els colonitzadors grecs i fenici-cartaginesos. Quan els últims hagueren perdut Sicilia, en la primera guerra púnica (264, a. de J. C.), els Bàrquids busquen una mena de compensació a la Península, i de fet el S. i S.E. es converteixen en una mena de protectorat cartaginès, situació que se agreuja al convertir-se en escenari de la segona guerra púnica (des del 216, a. de J. C.), i que fineix amb la romanització.

De manera consemblant decau la cultura ibèrica des del segle IV al S. de França, degut, probablement, als desplaçaments dels Gals, que des del 400 comencen a penetrar en aquesta regió, traient-ne als íbers del Ebre, que un xic més tard es mouen per a fer la conquesta del centre de la Península. (s. III).

De resultes d'aquests moviments, i així mateix de la interrupció de l'influència del S.E., ja decadent, se'n resent la costa catalana que en el segle III ens presenta una cultura sumament empobrida, de lo qual podem posar per exemple Puig Castellar. En canvi, cap al interior, sobre tot a la plana d'Urgell (Sidamunt, Tossal del Mor de Tàrrega, Tossal rodó de Verdú), floreix la civilització ibèrica en el segle III estretament emparentada amb la cultura de l'Ebre aragonès.

A Castella la resistència celtibèrica, sostinguda fins a la presa de Numància per Escipió l'any 133 abans de J. C., treu encara una nova florida ibèrica.

B. C. NOGUERA, Sch. P.

(Acabarà)

Carnet de Filosofía

La palabra es símbolo de la idea; lo es la proposición del juicio y del raciocinio el silogismo.

El lenguaje, es en síntesis símbolo del pensamiento.

Hablan todos los que piensan?

Piensan todos los que hablan?

* * *

Amare est velle bonum alicui; el que ama por propio interés, con miras bastardas, por simple bien parecer, por conveniencia circunstancial,... ¿ama?

Aman cuantos dicen amar?

Saben lo que es amar, todos los que dicen: *amamos?*

* * *

Es de un conocidísimo autor de tiempos pretéritos, literato insigne, satírico notable, filósofo profundo y algo más, el dicho siguiente:

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice,
nunca se ha de decir lo que se siente?

Todos los que dicen, lo que dicen sienten?

Los que no dicen lo que sienten, por qué no lo dicen?

* * *

La verdad se abre paso por sí misma: es sentencia, que estimamos muy verdadera y que con frecuencia, tal vez excesiva, se repite.

Cómo hay tanta verdad arrinconada?

Cómo tan oronda, anda prácticamente la mentira?

Por qué diría el eximio P. Weis: *al que toca la verdad, en recompensa, le rompen el violín por la cabeza?*

JOSECA.

La Agencia de Información "Prensa Asociada" y los católicos

(Continuación)

Consideremos, católicos, el lastimoso estado a que hemos llegado por obra principalmente de la prensa impía, verdadero volcán de concupiscencias y de odios y sacrificios. ¡Por no haberla combatido a tiempo hemos perdido nosotros muchas de nuestras antes inexpugnables posiciones; por no haber favorecido a la católica tenemos ahora que vernos en medio de enemigos y alejados por completo de la mayoría de los pueblos! Con muchísima razón, exclamaba el que fué ilustrado Seminarista Astorgano D. Bernardo Mediavilla, en su hermoso trabajo: *¡Católicos a combatir sin descanso!*, premiado en el Certamen Periodístico de *Ora et Labora*, de Sevilla: ¡Oh prensa impía y blasfema!, ¡oh rotativo liberal y maldito!, ¡cuántos males nos has traído! En tus columnas formaste las masas, desde tus columnas las levantaste, y, éstas, locas y frenéticas, impías y revolucionarias, se desbordaron cual corriente harto detenido, aniquilándolo y destruyéndolo todo, sin pensar ¡insensatas! que aquel salvajismo arruinaba al obrero que educaba sus hijos en aquel convento; a la viuda que tenía sus pequeñuelos en aquella escuela; al anciano a quien sustentaba aquel asilo. ¿Cuándo se ha visto igual? Ya no se respeta al niño, a la mujer y al anciano; ya no se guarda el derecho de gentes... así lo disponen las modernas leyes de la falsa filantropía; así lo han demostrado esas hordas salvajes en los sucesos de triste recordación para el pueblo católico. Y esto, españoles, no ha sucedido en el siglo IX o X, sino ¡en el siglo XX!»

No olvidemos, católicos, las memorables palabras del Cardenal Pie: «El pueblo más religioso del mundo que lea malos periódicos, llegará a ser de aquí treinta años un pueblo de impíos y revoluciona-

rios», porque desgraciadamente han sido verdadera profecía. La impiedad en los tiempos presentes se ha extendido poderosamente en alas de la mala prensa. Decídannos las expresadas palabras a hacer todo cuanto esté de nuestra parte para evitarlo. Si no combatimos la mala prensa nada conseguiremos, como nada consigue el labrador que no arranca la cizaña que medra entre el trigo. ¿Y cómo combatiremos a esa prensa demoledora que tantas amarguras nos ha proporcionado y que pretende aplastarnos? El ya casi único remedio es la Cruzada de la Buena Prensa y en especial la *Agencia Católica de Información*. Favoreciendo ésta, favoreceremos y apoyaremos a la prensa católica en general, la daremos vida próspera y floreciente desarrollo. Con nuestra *Agencia*, quitaremos fuerzas a las agencias masónicas y judías, evitaremos el bochorno de tener que utilizarlas alguna vez; y sobre todo haremos resplandecer siempre la verdad excelsa, confundiendo a los viles detractores y a los calumniadores que hoy día desde las columnas de los periódicos impíos nos están deprimiendo y nos hacen pasar por un verdadero calvario de espinas.

Haga el cielo que la *Agencia de Información* tenga pronto asegurada no solamente la vida, sino brillantísimo porvenir y que ella venga a ser obra de años y de siglos, mejor dicho, obra perpétua, porque conforme pasan los tiempos, aumentan las iras del Averno. Nosotros confiamos en las bendiciones de Dios y en la intercesión de la Virgen Santísima, que no ha de consentir que su queridísima España, que siempre ha sido su hija predilecta, por haber sido en todo tiempo la nación mariana por excelencia, se derrumbe por los precipicios de la eterna desgracia. La Virgen María, que constantemente ha protegido a esta tierra predilecta, la auxiliará ahora más que nunca, ya que son mayores sus peligros y sus desgracias, y Ella que siempre ha inspirado sentimientos de fe y de bondad y de ternura a los españoles y de heroismo y fortaleza y gloria en los momentos decisivos de su historia, haciéndoles salir victoriosos de moros y de turcos y de todo enemigo, nos dará también ahora, divina inspiración para ir todos decididos a favorecer la *Agencia de Información Católica*.

Beneméritos propagandistas cruzaron España en todas direcciones, sembrando por doquiera la semilla de la prensa sana, que edifica, que construye y educa entendimientos y corazones; echando en ciudades y pueblos los cimientos de lo que para todos es compromiso de honor y para todos obra nacional de primera magnitud y de toda urgencia y de toda evidencia. A estos insignes campeones de la Iglesia, algunos ya fallecidos, han sucedido otros y Dios mediante, nuevos

apóstoles irán apareciendo, porque la causa que defienden y difunden y propagan, verdaderamente es grande, porque está inspirada en el amor a la verdad y al bien, destellos divinos y como a tales eternos.

El Iris de Paz, gloriosa Revista que escriben con celo apostólico los insignes Padres del Inmaculado Corazón de María, ha sido siempre entusiasta apologista de la *Grande Obra* de nuestros tiempos y en brillantes y entusiastas escritos la ha dado a conocer, la ha defendido y propagado y semana tras semana ha dado cuenta de su existencia, de sus avances, un día lentos, otro, rápidos; hoy con humildes limosnas, mañana con algún expléndido donativo. El Reverendo P. José Dueso, merece también la gratitud de todos los católicos, porque con sus libros, sus artículos y sobre todo con sus legionarios de la buena prensa, no sólo ha aportado al capital de la Agencia, cuantiosos donativos y suscripciones, sino una verdadera falange de apóstoles, que bien puede decirse constituyen *legión*. En el corazón de todos deben repercutir y ser venerados los nombres de tan gloriosos caudillos de la prensa católica, como fueron los tres Rdmos. Prelados antes citados que tuvieron la representación de todo el Episcopado. Todos los Prelados son apóstoles incansables de la buena prensa. Ellos la apoyan, la recomiendan, la defienden. Un recuerdo de gratitud es asimismo debido al egregio Emmo. Cardenal Reig, difunto Arzobispo de Toledo, cuyo glorioso Pontificado se acrecienta con fulgores brillantísimos con la *Asamblea de la Prensa Católica*, que él preparó, convocó y realizó con tanto provecho y bien para todos, en la capital de su Archidiócesis. La Asamblea de Toledo ha dado nuevo impulso a la buena prensa. Ella ha fortalecido a *Prensa Asociada;* ella, con la sabiduría del Rdmo. Dr. Reig y demás Prelados y con el concurso del clero secular y regular, de los escritores y de los católicos, ha hecho avanzar sus pasos y extendido su influencia y aumentado su acción.

FRANCISCO NABOT Y TOMÁS.
Profesor de la Universidad

(Continuará)

Historia del "Stabat Mater"

Sombría noche del mes de Marzo del año mil trescientos seis. El viento al quebrarse contra las descarnadas ramas de la arboleda remedaba lúgubre quejido de almas en pena. Ni una estrella plateaba en el apagado plomo del cielo.

La campana conventual de los Frailes Menores de Callarzoni volteaba en medio de las nocturnas sombras convocando a la oración. Su monótona llamada repercutía en los solitarios claustros, y allá en el valle, las esquilas de las ermitas con su gentil voltear acompañaban al eco sonoro de la campana mayor de la torre del convento. Dentro del monasterio el desmayado fulgor de la eucarística lámpara permitía ver las siluetas de los frailes desfilando gravemente en dirección de la historiada sillería del coro con apagado sonido de sandalias sobre el enlosado pavimento.

El hielo y la lobreguez de la noche se armonizaba perfectamente con el sobrecogido ánimo de los monjes, presa de extraño temor. La noche precedente ruidos misteriosos y lastimeros lamentos habían turbado siniestramente el reposo de la Comunidad. ¿De dónde procedían tales lamentos? Unos creían que del cementerio, otros que del claustro, otros que de un rincón de la iglesia y hasta hubo quien declaraba con firme aplomo que el doloroso quejido provenía del coro del que salían lúgubres notas que traspasaban el alma, acompañadas del órgano pulsado por invisibles manos.

No bien reunidos los religiosos para el rezo de Maitines, les habló el Padre Guardián de este modo:

«Hermanos, pidamos humildemente a Dios que nos revele la causa de los insólitos ruidos que han turbado la paz y silencio de esta casa de oración y penitencia; y pidamos a la Santísima Virgen, titular de nuestra iglesia, que se digne interceder por nosotros ante su Divino Hijo».

Prendió fervorosa la oración en los labios de los monjes, interrumpida tan sólo por un anciano religioso que acercándose al Padre Guardián le dijo:

«Padre, tengo fundados motivos para creer que la misteriosa voz que ha turbado nuestro descanso no procede de la tumba como algunos han pensado, sino que pertenece a un religioso de esta Comunidad. Una sola palabra de su Reverencia podrá aclarar el misterio».

Dudó un momento el Prior, y recobrándose al instante repuso: «Que se enciendan las luces y se cuente a los frailes por orden para ver si falta alguno».

Hízose en conformidad a lo ordenado, y el Padre Guardián repuso: «Mando en virtud de santa obediencia que el Hermano que en pasadas noches turbó la paz del claustro con misteriosos lamentos, salga al medio, y si tales lamentos tuvieren alguna relación con nosotros, que nos explique el significado».

Aún no extinguido en el templo el eco de estas palabras salió al medio de los encapuchados un fraile encorvado por la edad quien, fija humildemente la vista en el suelo, dijo:

«Padre yo soy el culpable».

Todos los ojos se fijaron de pronto en el Hermano, cuyo extenuado aspecto era delación de prolongados ayunos y austeras mortificaciones, y todos los labios murmuraron confusamente:

«¡El Hermano Jacopone de Todi!—¡El buen Hermano Jacopone!—¡El amigo del Dante!—¡El suave cantor de la santa Pobreza!—¡El devoto de la Dolorosa!—¿Qué nuevo canto estará componiendo?»

Fray Jacopone no respondía palabra. Cubrióse de nuevo con la capucha, quitada al ser interpelado por el Guardián; se arrodilló, besó el suelo y se dirigió con presteza al órgano. Sus pupilas flameaban con llamaradas de ingenio y tenía nimbada la frente con aureolado esplendor. De pronto con gran extrañeza de los religiosos Fray Jacopone con voz seráfica entonó esta sublime elegía, pulsando a la vez el órgano con prestigio tan angelical cual si en realidad lo pulsara la mano del ángel del dolor.

«Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius,
Cujus animam gementem
Contristatam et dolentem
Pertransivit gladius».

Al terror sucedió la admiración en el pecho de los frailes. La valiente inspiración de Fray Jacopone reforzada por el eco de la bóveda gótica se trocó en lastimeros lamentos de invisible coro angélico que acompañase lacrimosamente el artístico arrojo del monje, pobre desterrado que con ténue sollozo nostálgico de la Patria y de la casa levantó la mirada a la dolorosa para continuar gimiendo armoniosamente:

«O quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!
Quae moerebat et dolebat
Pia Mater, dum videbat
Nati poenas inclyti!»

Y así continuó el cantor, alterado el cordaje de sus nervios cual moribundo que comparece a Juicio. De pronto, palideció cual si la Muerte al pasar le hubiese rozado con su ala: sus manos se resistieron a herir el teclado, y con agónica y apenas perceptible entonación suspiró esta postrer estrofa:

«Quando corpus morietur,
Fac ut animae donetur
Paradisi gloria!»

«*Paradisi gloria!*» fué su última nota. Fray Jacopone cayó desvanecido en tierra. Lleváronle solícitos sus Hermanos a la celda. Pasados tres días, el alma del autor del *Stabat Mater*, emprendió su vuelo a la Gloria, dejando como en legado a la Iglesia la hermosura de este himno que se perpetuará por toda la sucesión de los siglos.

Tr. de A. GOY.

Anotaciones Psicológicas sobre San José de Calasanz

I – José de Calasanz, niño

(Continuación)

El diligente cuidado objetivo por parte de Dios en la formación de Calasanz, halló ciertamente buena base subjetiva, o mejor, aquella objetividad tradújose en un subjetivismo cual le correspondía, ya que «*fué notable, desde el alborear de su razón, su particular inclinación a la piedad*», y esta piedad inicial, halló cómo crecer y sólidamente formarse en el ambiente familiar: *sus padres tan creyentes como nobles, educáronle en el más grande respeto a la religión*.

Es seguramente una de las más señaladas mercedes que un hombre ha de agradecer al Señor, la de haber nacido en el seno de una familia vigorosamente cristiana; del mismo modo que la planta rinde mucho más y más fácilmente cuanto más rica y apropiada es la tierra que la sostiene y que constituye su medio principal de nutrición, así también cuanto es más sano el ambiente familiar, hallan más facilidad en desarrollarse y robustecerse las cualidades buenas del infante que en él ha nacido para en él vivir. Todos sabemos cuánta sea la plasticidad del alma infantil y cuán grande su tendencia a la imitación; de ahí que el buen ejemplo de obra y de palabra, el orden diligente en el conjunto de costumbres familiares, el que podríamos llamar *hábito del bien* en el hogar doméstico, han de ser forzosamente de efecto decisivo y altamente beneficioso en la estabilización, desarrollo y depuración de las buenas dotes de un alma naturalmente bien dispuesta, siendo esta alma a su vez un elemento enriquecedor del precioso tesoro de virtudes, cimiento el más sólido de la sociedad familiar, corriente mutua de bienes, que es una bella confirmación de lo que da y lo que recibe con franco provecho el individuo de una sociedad bien constituída y lo que ésta se beneficia de tener en su seno un individuo de laudables condiciones.

En los albores de su vida el alma del niño más que activa es receptiva; su actividad, potencial en la mayor parte de las energías cuyo empleo hace efectiva aquella actividad, recibe su fuerza de empuje de los elementos que se le interiorizan del ambiente familiar, en el bien entendido, que hablamos de las familias que viven en casa y aun podríamos decir lo mismo de aquellas que ya sea por triste necesidad, ya sea por deplorable anomalía, tienen su hogar en la vía pública, pues en tal caso, siempre de efectos desagradables para la formación de almas tiernas, el ambiente familiar es el callejero y su efecto es de la misma fuerza formativa. Además, la permanencia del niño en un medio sano en el sentido moral y religioso, no puede menos de *aristocratizarle* espiritualmente; esta *aristocratización* es obra lenta y se manifiesta en aquella finura de gusto espiritual que se adivina, que se descubre en un no se qué de distinción atractiva, que de la personalidad emana, pero que es sumamente difícil definir y un espíritu infantil así finamente por modo natural y con feliz inconsciencia formado, pronto revela su afición a la piedad, tendencia espontánea al amor de Aquel, que por quien es respetabilísima autoridad, le ha sido mostrado como bueno y el mejor de los seres y acaso por un inexpresable sentimiento de la excelencia esencial de Dios, obrando Este por modo maravilloso, la eclosión de la tan preconizada naturaleza religiosa del alma humana.

Todo este proceso bienhechor, confírmase en la pronta inclinación de Calasanz a la piedad, poniendo asimismo al descubierto la selección de su alma, que ya demostraba gustar las delicadezas de lo perteneciente al suavísimo espíritu de Dios, muy de otro modo que las almas que son del número abyecto expresado por San Pablo en su frase «animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei».

La inclinación piadosa de Calasanz, no fué una tendencia vaga, sin orientación fija, sino muy concreta, de trayectoria bien delimitada en sus puntos original y de término, como se dió a conocer en la célebre gesta de la lucha con el espíritu del mal.

No tenía el santo sino cinco años y en él habían penetrado, dejando huella profunda, las lecciones recibidas de sus dignos progenitores respecto de la fealdad del pecado y del papel que en el mundo desempeña el maligno espíritu, en orden a Dios. Calasanz, que sea dicho de paso, no era de inteligencia tardía, vió prontamente en la idea horrorosa de pecado y en la de enemigo de Dios una relación causal, si no en toda su extensión lógica, sí en toda su trascendencia práctica, y la intelección infantil de tamaña relación, hizo brotar en su voluntad nobilísima un propósito, que avivado por una imagen clara de su imaginación ingénua y tomando esta imagen como de representación de un objeto real proporcionado, vislumbró la posibilidad de la realización de su propósito y salvando la distancia que va de la concepción al hecho en vías francas de ejecución, a ésta se lanza con valentía y fervoroso desprendimiento, sostenido por una plena y confiada esperanza y acuciado por un lau-

dable espíritu de proselitismo y con actuación con atisbos de apostolado, entusiasma a unos cuantos compañeros, les propone su plan y convertido en caudillo de un ejército al servicio de Dios, sale con los suyos al campo y llama a desafío al diablo, tachándole de cobarde por no haber acudido a las llamadas retadoras que en su castillo le dirigiera, y al aparecérsele en forma de sombra horrenda en la copa de un árbol, a éste encarámase Calasanz y es derribado por un fuerte empellón.

«Cæpit Iesus facere et docere» dicen los libros santos, y Calasanz, al propio tiempo que a su modo adiestraba en el bien a sus compañeritos que a invitación suya se reunían en la Capilla de su casa-castillo, ante los mismos obraba en consecuencia con su ideario,y en esta proeza, fruto de su ingenuidad y verdadera proyección de su carácter un tanto impulsivo, empezaba ya a saborear las amarguras del martirio, declarándosele francamente enemigo el que lo es de Dios y de todo lo bueno, y sobre este particular plácenos reproducir las palabras del P. Canata, Sch. P., en su áureo libro «El Educador Católico»: *No era menos lo que el demonio aborrecía al virtuoso niño. Así lo confesó él mismo por boca de una energúmena y lo manifestó más de una vez precipitándole con evidente peligro de perecer, sin lograr empero, para su baldón, lo que se proponía; que la mano de Dios está siempre pronta a salvar al niño que le ama con sencillez y pureza de vida y la de José era la admiración de cuantos le conocían.*

Resultado feliz de las disposiciones virtuosas, ya en vías de práctica, de Calasanz, era el afecto que su persona inspiraba a los que en más o en menos le trataban. *No es extraño*, dice el mismo P. Canata, *que viendo en tan pocos años tanta madureza de juicio le venerasen como a un anciano, y dijesen de él lo que está escrito de Tobías, que, aunque niño, nada de niño se traslucía en sus obras.*

Ciertamente nada tan útil para dar formalidad a un niño como la verdadera piedad; no la piedad gazmoña, de puro ritual, de exhibición ruidosa o de aparatosidad deslumbradora, que a la larga acaba por descubrir su deleznable base y más que elemento de atracción es fuerza repulsiva, inspiradora de desprecio y creadora de enervante frialdad. La piedad de Calasanz era participación riquísima de aquella piedad inefable que inundaba maravillosamente toda la equilibradísima y augusta personalidad de Cristo, en pos de quien iban en tropel las gentes atraídas por la suavidad de su trato, la dulcedumbre de su mirada, lo insinuante de su voz, lo estético de sus modales, lo práctico y fecundo de sus enseñanzas y el nimbo inexplicable de santidad que de todo su ser y de cada una de sus obras irradiaba incesantemente.

Y no era el hecho de épica-religioso-infantil categoría, que hemos ligeramente descrito y comentado, un valor único, un fruto solitario de un momento de entusiasmo piadoso de Calasanz. Al hablar por modo general de la vida psíquica, se dice que nota es característica de la

conciencia su fluir constante y en este ininterrumpido flujo, no hay nada casual o descentrado en realidad, sino que en todo él, se nota la presencia de una asociación más o menos compleja y más o menos fácil de analizar, ya sea en una dirección única, ya, y es lo más frecuente y más normal, en direcciones múltiples que en el fondo se aúnan en asociación más amplia base del tejido de una vida; que la vida es expansión, es desenvolvimiento, pero con armonía, dentro del imperio del orden, armonía y orden imposibles sin el elemento unidad; asimismo, en la vida del espíritu en el sentido de vida piadosa, es de necesidad apremiante el elemento unificativo, el tejido sin soluciones de continuidad, de actos correspondientes enfocados con acierto y dirigidos efectivamente con éxito, a un fin claro y concreto.

De ahí que hagamos notar que en Calasanz ya en su niñez había vida piadosa, dentro de la cual no fué más que uno de tantos momentos, muy particular, muy significativo si se quiere, de los múltiples que día tras día iban llenando los instantes de aquella vida, en el correr de la totalidad de su existencia, el de la lucha expuesta. El rezo del Santísimo Rosario, desde que pudo balbucear oraciones; su interés en que de rodillas con él lo rezasen sus familiares; la recitación del oficio parvo de la Virgen desde el momento en que supo leer; la expansión de su piedad, ya repleta de celo, en sus platiquitas catequísticas a los no pocos amiguitos que en la Capilla de su casa querían escucharle; su rendida obediencia a sus padres; el religioso respeto a sus preceptores, viendo en unos y en otros la representación de su Dios tan intensamente amado; su trato afable, flor suavísima de la caridad cristiana, para con sus servidores y los huéspedes de su noble casa; su pureza extraordinaria que llegaba a no permitir a su madre que le viese desnuda la más pequeña parte de su cuerpo; su asiduidad en la lectura de las vidas de los santos; sus esfuerzos en imitar sus virtudes, su predilección por la penitencia, cosa bien digna de ser atentamente notada en edad tan tierna, etc., etc., son palmaria confirmación de que era *vida verdadera*, la *vida de piedad* de Calasanz; palmaria confirmación del influjo bienhechor del ambiente familiar en que se movía y se formaba; palmaria confirmación del singular cuidado de Dios en la diligente elaboración de la naciente figura del que había de ser con el tiempo el egregio Fundador de las Escuelas Pías, el Patriarca por excelencia de la niñez, como crecido paralelamente con el crecimiento del Maestro único, del inefable Cristo que decía en síntesis admirable sobre toda ponderación: «Doctrina mea non est mea sed ejus qui missit me», como decía todo Calasanz, ya «ab initio vitae suae», «Doctrina mea non est mea, sed est Dei, qui missit me».

JOAQUÍN SEGUÍ, SCH. P.

(Continuará)

CRITICA (1)

Manuale Theologiae Moralis, secundum principia S. Thomae Aquinatis in usum Scholarum.—Tomus II (De iustitia, cum contractibus et vitiis oppositis. De fortitudine et vitiis oppositis. De temperantia et vitiis oppositis).—Editio altera et tertia, aucta et secundum novum codicem Iuris canonici recognita. (X et 538 pag.). Marc. 10; relig. Marc. 11,60.—Herder & Co., Typographi Editores Pontificii.—Friburgi Brisgoviae (Germaniae).

No ha defraudado nuestras esperanzas, expresadas en la nota bibliográfica publicada en el número de esta Revista correspondiente al mes de Mayo, la llegada a nuestra Redacción del tomo 2º de la recomendable obra de Teología Moral, escrita por el eximio P. Domingo M. Prümmer, de la Orden de Predicadores, Profesor de la Universidad Católica de Friburgo en Suiza. Está dedicado el volumen al estudio de las tres últimas virtudes cardinales, y especialmente al de la justicia, que se lleva 481 páginas de las 550 de que consta el tomo, que vamos a reseñar.

Con mucho acierto divide el docto autor el Tratado de Justicia en dos secciones: en la primera estudia el derecho y la virtud misma de la justicia y en la segunda las partes potenciales de la virtud de la justicia. Después de una noción y división del derecho y del objeto y sujeto del derecho o dominio, expone la doctrina acerca del dominio de los cónyuges y de los hijos de familia según el derecho romano y los Códigos civiles de varias naciones europeas, entre ellos el de España. De los países americanos sólo trae la legislación sobre este doble dominio en los Estados Unidos, omitiendo, a nuestro parecer con detrimento de la difusión de la obra, lo legislado en otros Estados de la América septentrional y en las repúblicas sud-americanas. Trata luego el P. Prümmer de los diversos modos de adquirir dominio para entrar de lleno en la noción de la virtud de la justicia y de sus partes, que siguiendo al Doctor Angélico divide en partes *subjetivas* o especies de justicia, *integrales*, o sea, actos y hábitos necesarios para la perfecta justicia y *potenciales*, es decir, virtudes anejas a la justicia. Estudia magistralmente las cuestiones relacionadas con la lesión de la justicia y reparación de la justicia lesionada. Los médi-

(1) En esta sección daremos cuenta de los libros que se nos envíen

cos debieran leer y meditar las páginas dedicadas a la *craniotomía* y al *aborto* para cumplir mejor sus deberes profesionales y evitar nefandos abusos y execrables crímenes, que escapan en su mayoría a la acción de los tribunales de Justicia y que por la mucha frecuencia con que se cometen son signo fatídico de una sociedad degradada hasta el extremo en todas sus clases. En los contratos, cuya doctrina está expuesta por modo completo y lógico, no descuida el insigne Dominico las cuestiones de palpitante actualidad relacionadas con el intenso movimiento mercantil y bursátil de nuestros días. Glorioso abolengo tiene en este punto nuestra tierra cuando en pleno siglo XIII el gran doctor barcelonés San Raimundo de Peñafort, a ruego de los mercaderes de nuestra ciudad componía el Tratado: *Modus juste negotiandi in gratiam mercatorum*. En la 2ª Sección del Tratado de Justicia incluye el P. Prümmer muy acertadamente y expone por modo extenso la virtud de la Religión, que comprende los tres primeros preceptos del Decálogo y luego la de la piedad (4º precepto del mismo). Ciérrase el amplio Tratado con el estudio de las virtudes anejas a la justicia: la gratitud, la vindicación, la afabilidad, la liberalidad, y la *epikeia* o equidad. Estas virtudes, consideradas hasta ahora más bien como cívicas, con someras indicaciones en manuales de urbanidad o en libros ascéticos, desde diversos aspectos, tienen alto sentido moral y encajan perfectamente en la exposición de la Moral Católica, siguiendo las lecciones de la Escuela de San Francisco de Sales.

En la doctrina de la tercera virtud cardinal, la fortaleza, considera como acto principal de la misma el martirio, cuya eficacia y efectos expone el ilustre hijo de Santo Domingo. Como partes potenciales de de la fortaleza va considerando la magnanimidad, la magnificencia, la paciencia y la perseverancia.

En el último Tratado de este tomo, cuyo contenido vamos reseñando, habla el P. Prümmer de la templanza. Incluye en él con mucha lógica todo lo relativo a la abstinencia y al ayuno, estudiando bien las cuestiones morales sobre el alcoholismo, estupefacientes y narcóticos, origen de tantos abusos y males morales y físicos. En el propio Tratado, tras luminosa exposición acerca de la castidad y virginidad, trata las cuestiones concernientes al vicio pésimo de la lujuria, materia cotidiana en el ejercicio del ministerio de la confesión.

Recomendamos este 2º tomo de la obra del docto Profesor de Friburgo a los señores sacerdotes que con estudio serio y continuo quieran mantenerse en la altura intelectual que demanda su sagrado ministerio y las necesidades de las almas en nuestra época. Siguiendo el sabio Dominico las doctrinas de Santo Tomás, en la *Secunda Secundae* de la Suma Teológica sabe dar a su exposición una trabazón y orden sumamente lógicos y hace de continuo convincentes y eficaces aplicaciones morales de los principios filosóficos conjuntamente con el uso indeficiente de las fuentes más puras de la ciencia teológica. No forma la Teología Moral del P. Prümmer un fárrago indigesto

de textos y citas, exhibición fastidiosa de erudición barata o de segunda mano, en un laberinto de teorías y opiniones mal contrapesadas en medio de las cuales es difícil dar con el hilo de la verdadera salida o solución. Es cada cuestión un estudio directo, profundo, filosófico y teológico a la vez, de la materia propuesta, que iluminada en todos sus aspectos conduce con seguridad a normas prácticas decisivas, ideal de todo estudio de Teología Moral.

Mientras aguardamos con verdadera ansiedad el tomo III y último de tan excelente obra, que ha de tratar de los Sacramentos y sacramentales, reiteramos al editor Sr. Herder nuestro parabién por la nítida y pulcra presentación de trabajo de tan subido valor ideológico moral.

E. R.

El Protector de la Infancia o San José de Calasanz, Fundador de las Escuelas Pías.—Poema histórico por el P. Andrés Clemente, Sch. P.—Segunda edición, notablemente aumentada.

Los beneficios de la educación no alcanzaron durante largos siglos sino a las clases sociales más acomodadas; las menos favorecidas veíanse privadas de las inestimables ventajas de la instrucción primaria, de que depende la buena dirección de la vida.

Para remedio de esa necesidad tan apremiante, suscitó Dios a San José de Calasanz, que se consagró totalmente a ese humilde y glorioso apostolado, que extendió y perpetuó en la Iglesia por medio de las Escuelas Pías, a las que posteriormente han seguido muchas otras fundaciones similares.

El presente poema histórico, pues, se propone celebrar las admirables excelencias y portentos de este héroe de la religión, primer apóstol de la enseñanza popular cristiana gratuita, honra de su patria, lustre del clero español y gloria del Catolicismo.

En este librito hallará la infancia, a quien se dedica, los más bellos ejemplos de heróicas acciones. Escrito con sentida inspiración poética, y con brillantez de estilo y gran pureza de lenguaje, en clásicas octavas reales, se divide, para la posible variedad de la lectura, en diversos cantos y números, correspondientes a los principales sucesos.

Por su contenido y bellas cualidades literarias, es, pues, este hermoso libro de gran interés para todos los amantes de las glorias patrias, propio para servir de premio y de agradable lectura a la niñez y juventud, a cuyo intento se recomienda a los profesores católicos, a fin de promover la piedad cristiana, y la devoción a este Santo Patriarca, especial Protector de maestros y discípulos.

Forma un volumen en 8º de 151 páginas, con el retrato del Santo, en papel alisado superior, a 1,65 ptas., elegantemente encuadernado.

MISCELÁNEA

Tradición restablecida. — La tradición secular del Vía Crucis en el Coliseo, interrumpida desde la constitución del reino de Italia y supresión de los estados Pontificios, ha sido felizmente reanudada este año con motivo de haber sido de nuevo colocada la Cruz en el anfiteatro de Flaviano.

Por iniciativa del Círculo de San Pedro, de Roma, una gran muchedumbre de fieles se apiñaba en las arenas, donde se efectuó con un tiempo espléndido, dentro aquel admirable marco, la piadosa ceremonia.

Catorce cruces suplementarias, sustituyendo las capillas que figuraban antiguamente en el Coliseo y que se derribaron a causa de las excavaciones practicadas en aquel recinto, rodeaban a la cruz central. Estas quince cruces que han sido todas ofrendadas por un grupo de católicos milaneses, presentan la particularidad de que cada una de ellas está construída con diferente clase de madera artísticamente labrada.

La ceremonia a la cual nos referimos, fué presidida por el P. Carmignani, de los Frailes menores, y resultó una conmovedora y edificante manifestación de piedad, contándose entre los fieles que seguían devotamente la dolorosa vía, algunas ilustres personalidades que se ocultaban bajo la humilde caperuza de los *Gonfalone* o de los *Amanti di Gesú e Maria.* — X.

Arístico recuerdo. — Como recuerdo del VIIº Centenario de la muerte de San Francisco de Asís, las Clarisas de Mazamet, carca de Albí, en el Tarn (Francia) han bordado unos ricos ornamentos sobre oro que serán ofrecidos a Su Santidad Pío XI en el mes de Septiembre. Entretanto un padre Capuchino los pasea por toda Francia a fin de que puedan admirarlos los aficionados al arte litúrgico. Tanto por su riqueza como por la paciencia que representa la obra, hace pensar en las más famosas piezas de la antigüedad, tal como la capa pluvial del Tesoro del Vaticano llamada de Carlomagno o de León III, bordado bizantino del siglo X; el frontal de Rupersberg del museo de Bruselas, bordado renano del siglo XII; la capa del Museo de Bolonia, bordado inglés del siglo XIII; la casulla de San Remigio de Reims, etc., etc. Dicen los que la han visto, que la obra

moderna de que se trata, iguala sino excede, a estas maravillas del pasado.

Treinta Clarisas con dedos de hada y agujas de artistas, han empleado dos años en confeccionarla. El trabajo estaba ya empezado, cuando llegó al convento para hacer Ejercicios Mlle. Sabina Desvalliere muy conocida en los centros artísticos de París, la que se quedó allí como novicia.

Sometiósele el proyecto para ver si era de su gusto, y la novicia tomó su parte de colaboración en el trabajo artístico.

La descripción iconográfica de esta obra exigiría mucho espacio. Basta decir que comprende unos sesenta medallones, verdaderas punturas a la aguja, formadas por unos 1.500 personajes aproximadamente y por un millar de retratos de santos, ejecutados en minúsculos rectángulos de un centímetro y medio cuadrado, que forman el marco de cada pieza. Diríase un marco de sellos de correo. Junto con los personajes de los medallones resultan unas 2.500 figuras.

Por estos detalles puede juzgarse la importancia de esta preciosa labor destinada al Papa, y que comprende, una casulla, una estola, un manípulo, un alba, un cíngulo, una bolsa de corporales, un cubre cáliz y una palia. El fondo de oro sobre el que campean los bordados en sedas, se ha obtenido por medio de un bordado con hilo de oro sobre linón.

El delantero de la casulla representa la apoteósis de la Inmaculada Concepción en el Cielo, la proclamación del dogma por Pío IX y San Francisco enviando a sus hijos a la conquista de almas en los países infieles; la espalda representa la glorificación de San Francisco en el Cielo, la Iglesia, eso es, la barca de Pedro sostenida por las Ordenes franciscanas, y escenas de la vida de los principales santos que de ellas han salido. El cubre cáliz representa la vida de Santa Clara, y la bolsa de corporales, la vida de San Juan Bailón. El alba lleva por adorno las mártires clarisas en las mangas y los mártires franciscanos, abajo. De ello resulta procesión a lo Flandrin de un efecto precioso. El cordón de San Francisco separa los cuadros.

Estos detalles sólo dan una débil idea del inmenso trabajo y de la perfección técnica de esta obra, que irá a ocupar un lugar en el Tesoro Vaticano, al lado de las maravillas antiguas, representando con lucimiento el arte inspirado por la piedad de las modernas generaciones. — X.

ESTE NUMERO DE *LA ACADEMIA CALASANCIA* SE HA SOMETIDO A LA CENSURA GUBERNATIVA

Imprenta de Angel Ortega – Aribau, 7 – Barcelona